

LA QUIROMÁNTICA: SECUELA

Gillette Audio — Nando el Escriba — gillettenarrative.com

El encuentro con la quiromántica portuguesa de noventa y dos años en Boston, unos días antes, me había dejado una sorpresa y un recuerdo agradable dentro de mi silencio, junto con una sonrisa que no decía palabra pero pensaba siempre lo mismo: ¿y ahora qué va a pasar que yo no haya previsto ya?

La disciplina esotérica, dentro de Pitágoras y su geometría, había sido mi base cultural durante los últimos treinta y tres años. La magia, blanca o negra, nunca la había conocido de verdad — la había usado con ironía, con fines nobles, solo leyendo horóscopos y signos del zodiaco. No costaba nada, cada mañana, leer las columnitas de los periódicos, y su utilidad la apuntaba a una sola cosa: conquistar mujeres bellas, imposibles, mujeres que decían no estar esperando a ningún hombre, pero que buscaban siempre exactamente a uno como yo.

Esa noche volví al hotel, en la Calle Doce — aunque no era una dirección de la ciudad, era solo yo contando cuántas manzanas había del restaurante a donde dormía, para no perderme.

La cena era la de siempre, desde hacía años — nunca renunciaría a mis linguine con langosta en el MAIN, la que hablaba inglés, mientras la mía hablaba afrikáans y no siempre se entendía, una mezcla de lenguas tribales africanas y neerlandés.

Sobre el vino no había duda: una copa por comida, siempre, tinto, italiano — el paladar no pedía otra cosa. Pero cuando el bolsillo marcaba el ritmo, no había nada que hacer salvo renunciar y pasarse al agua del grifo.

Mi habitación era preciosa, llena de comodidades que permanecían cerradas — una piscina, un campo de golf, una sauna, una sala de masajes, dos rubias y dos negras y una pelirroja, un jardín de invierno, todo doblado dentro de un único cuadro colgado en la entrada como un puzle.

Y luego aquella cama individual, donde darse la vuelta hacía chillar los muelles, un sillón rojo lleno de agujeros, una mesita — todo incluido en el precio, unos pocos dólares la noche, pagados antes de entrar.

El baño era la pieza estrella — el primer verdadero baño de aviso previo de la historia. Bastaba con gritar: ¿está libre? Si nadie contestaba en diez segundos, era tuyo — un espacio en el pasillo al servicio de veinte habitaciones, unisex, para no crear desigualdad.

Eran las 22:34. Estaba cansado, a punto de dormirme, cuando oí que llamaban a la puerta. Pensé que alguien se había equivocado de habitación y no me levanté. Luego volvieron a llamar, y en el reloj eran las 2:46 de la madrugada — el tiempo avanzando igual, sin que nadie se diera cuenta.

Me levanté a abrir y no había nadie. Cuando me di la vuelta hacia la cama, había alguien sentado en mi sillón rojo. Frega, dijo, por fin te encuentro.

Su imagen era borrosa, no humana, como un reflejo. Intenté averiguar si era algún truco dentro de un holograma. No encontré nada que lo confirmara.

No sirve de nada mirar, ni intentar deducir quién soy — te ahorro la molestia. Soy el fantasma que conociste en casa de la quiromántica, y he venido a saber el final del volumen 15 de la saga Gillette. A cambio te doy dos secretos para tu GILLETTENARRATIVE.

Si le hubiera contado esta historia a alguien, me habrían ingresado en el acto en el hospital de Boston. Así que me cuidé mucho de no contársela a nadie.

La parte final del libro 15 es esta:

Dos cubanas, madre e hija, jóvenes y guapas, se habían reservado cada una — en momentos distintos, de maneras distintas — un espacio para estar a solas conmigo, para hablar, y cada una había salido de ahí trastornada. Las dos querían lo mismo: casarse conmigo.

Nunca he llevado alianza, por un defecto congénito en los dedos, certificado antes de mi boda en 1993 — y mi mujer también había aceptado ese defecto mío.

Una mañana me fui de Cuba. Cogí el primer vuelo a Italia sin reserva — quien conozca aquellos sitios puede imaginar la dificultad, pero nunca cómo me las arreglé — diciéndoles a las mujeres, una por una, en total confianza, que volvería pronto, que me casaría con ellas. Nunca ocurrió.

Pensé que un día se olvidarían de mí y de mis promesas. Pues no: decidieron contratar a un Aifá de la religión africana de Orulá, para invocar el mal y echarme una maldición de muerte — de esas que no admiten devolución.

Y estaba funcionando. Me metieron de urgencia en cuidados intensivos, la antesala de la muerte, después de encontrarme una hemoglobina por debajo del cinco por ciento, líquido en los pulmones, dificultad para respirar — y el informe me daba treinta y seis horas de vida, como mucho.

Llegó también la funeraria, y dejó el ataúd junto a la cama. Yo lo vi todo. No me quedaban fuerzas ni para soltar un aliento. Ni siquiera entonces se me ocurrió escribir.

Todo parecía listo. Todo iba según el ritual de la magia negra, cuando, a las treinta y tres horas, me levanté de la cama, me arranqué todos los tubos y salí de la planta en pijama para irme a casa.

Caminé cinco kilómetros a pie, llamé al timbre y mi mujer se desmayó. Le dije que hiciera pasta e fagioli, que tenía hambre. Veinte minutos después llamaron al timbre los Carabinieri, avisados por el hospital.

Buscaban al muerto, y cuando les dije que era yo, se agarraron los cojones y se fueron.

Llegó el momento de decirle a mi invitado que esto formaba parte del final, y de pedirle que se marchara, dada la hora. Sonrió: ¿no tienes curiosidad por saber lo que yo tengo que contarte?

Dije que no — porque la curiosidad es cosa de mujeres. Ellas se la ponen para ganar contra otras mujeres. Y mi madre siempre me dijo una cosa: sigue siendo un hombre dentro de la mente de una mujer.

Ferdinando

© 2026 Ferdinando Frega — Todos los derechos reservados
Gillette Audio — Registro de copyright en EE. UU. en trámite